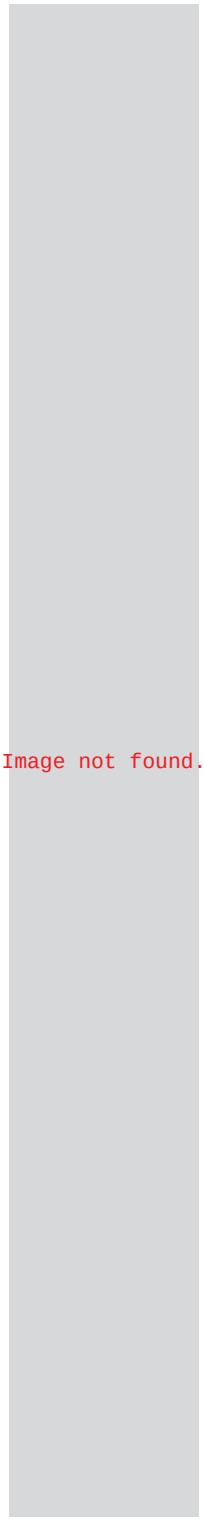
El cumpleaños de la abuela

Alejandro Medina



Capítulo 1

El cumpleaños de la abuela

1

Se despertó como siempre, como todas las mañanas, a las 5:30 hrs. Era sábado. Era un día especial, era el aniversario ochenta y tres de la matriarca de la familia. Silvia Corrales se sentó en el borde de la cama para orar frente al Divino Rostro iluminado por un cirio, las manos enredadas puestas sobre el buró de cama para hacer más enfática la petición, primero para agradecer un año más de vida de su madre y la prolijidad de su existencia, después por la salud de Alcira y Amílcar, sus hijos; tuvo tiempo también de obsequiar un pensamiento fugaz y dolido para Martín, su *esposo* distante. Hizo una larga respiración y se incorporó para comenzar con las tareas que con una semana de anticipación había preparado para este día. Se deshizo del camisón de dormir con la misma agilidad y gracia con que lo hacía en sus días de juventud; después de cincuenta y siete años y dos hijos paridos a los treinta, innumerables alegrías y decepciones cortesía de Martín, podría decirse que su cuerpo no había perdido el esplendor de sus mejores años, eso podía notarse en la firmeza de sus muslos y pantorrillas, en la solidez de sus pies, en la arrogancia de sus pechos, cintura y cadera: una segunda juventud es lo que estaba experimentando. Se dirigió al baño, sintiendo en la planta de los pies la frescura matinal del piso. Frente al espejo, mientras arreglaba su pelo con un peinado sencillo, admiraba su piel tostada, resultado de las intensas jornadas de siembra y recolección de tejocotes, maíz, chilacayotes, nopal y tunas en la chacra familiar de Tlacomulco, misma que le trajo las burlas crueles de sus compañeros de secundaria cuando vino de la provincia a la capital de la República.

Salió de su cuarto aproximadamente a las 5:45 hrs., vestida con una falda café, suéter, blusa y zapatos negros, y un rebozo blanco para aminorar lo templado de afuera. Fue al cuarto de Alcira para despertarla. «Ya es hora, hija», susurró con voz meliflua y exigua para no alterar el silencio en las demás habitaciones. En lo que Alcira se desperezaba y arreglaba, Silvia la esperó en la cocina bebiendo un café negro sin azúcar que el médico le proscribió ingerir, muy de vez en cuando, desde que la diagnosticó con problemas de hipertensión arterial. Este sábado era un día distinto, ya que las tareas organizativas que se propuso con antelación para agasajar a Elpidia Vargas, la matriarca, requería que sus cinco sentidos estuviesen al tanto de todos y cada uno de los detalles con el fin de ofrendar un festejo inolvidable a su querida madre.

A las seis en punto de la mañana, la noche comenzando a desdibujarse en el horizonte, salieron de su departamento ubicado en el segundo piso de un edificio de las singulares calles de Violeta, en Buenavista, con rumbo a la estación del Metro Hidalgo. En la esquina con Zaragoza, mientras aguardaban la luz verde para poder cruzar la calle, Silvia sintió una leve punzada en la boca del estómago que desde días atrás la venía frecuentando y que atribuía a su crónica gastritis, que junto con la presión arterial, eran, desde que cumplió los cincuenta años, la cruz que llevaría a cuestas hasta el último segundo de su existencia.

La claridad del cielo pronosticaba otro día de atípico invierno; restaban apenas diez días para la llegada de la primavera, y en las noticias no paraban de decir que éste había sido uno de los inviernos más calurosos de los que se hayan recordado en las últimas décadas. A Silvia, la idea de sorprender y agasajar a su madre en su día la colmaba de felicidad, pero en su fuero íntimo más la alegraba volver a ver a Martín, su *esposo* distante e itinerante, pues cuando no estaba en la Comarca Lagunera, Hermosillo, Mazatlán, San Cristóbal de Las Casas, Mérida, la región del Istmo o en el Bajío, recorría cada una de las demarcaciones del Distrito Federal con su inseparable morral de lona colgado del cuello, atendiendo ese misterioso empleo del que nunca tuvo la delicadeza de explicarle a Silvia sus características. A pesar de la falta de explayo del *esposo*, ella, fiel a las enseñanzas del siglo pasado de su madre, adoptó con resignación la postura de la «antigua mujer mexicana», y de Martín sólo esperaba que velara, aunque fuera a la distancia, por los intereses y el bienestar de Alcira y Amílcar.

Se santiguaron al pasar frente a San Hipólito, y antes de entrar en la estación, Silvia se detuvo unos segundos en un puestecito que exhibía incontables chucherías religiosas, debatiéndose internamente para, al final, decidirse por un escapulario rojo que en cada una de sus puntas se remataba con sendas imágenes de un cristo negro y el niño del cacahuatito.

En punto de las 6:20 estaban ya esperando, con la infinita paciencia del citadino que conoce el ajetreo de su ciudad a tempranas horas, en medio del atestado andén, el tren que las llevaría por los intestinos de la Capital a su destino.

Mientras esperaban el arribo de un convoy medianamente lleno que pudieran abordar, la hija segunda de Elpidia, producto de su matrimonio con el señor Corrales, con un prurito de ansiedad, dio por pensar, mientras miraba el afilado perfil de Alcira, qué sería del futuro de sus hijos el día que les llegara a faltar. Éste era un pensamiento que muchas veces llegó a quitarle el sueño. Desde el día en que el doctor Muñoz Camargo la diagnosticó hipertensa y que debía cuidarse de los sobresaltos, Silvia no paraba de darle vueltas y vueltas a su cabeza de puro pensar en la incertidumbre que les depararía su hipotética ausencia a Alcira y Amílcar,

pues a pesar de que ya empezaban a valerse por sí mismos, su inexperiencia para afrontar cara a cara a la vida, aunado al obvio cansancio de su madre para cuidarlos y seguir criándolos, era lo que la atormentaba cada día que se iba restando en el calendario.

La voz de su hija apurándola para salir del tren antes del cierre de puertas la tomó por sorpresa, despertándola de su ensimismamiento, y entre empellones y disculpas por pisar pies ajenos, abandonó el vagón en el andén de la estación Centro Médico. Se revolvieron entre la conglomeración conformada en su mayoría por oficinistas, obreros, estudiantes y madres sujetando fieramente a sus niños de la mano, todos haciendo la conexión con la Línea 9.

Cuando ya esperaban el tren con dirección a Pantitlán en el espacio reservado para mujeres y niños, Silvia hizo un comentario a su hija después de mirar un rato la iconografía de la estación.

—Siempre he sentido mucha pena por las personas que tienen a un familiar internado en un hospital. Siento pena porque aunque haga calor, llovizne, caiga granizo o haga un frío devastador para los huesos, esas personas están allí, al pie del cañón, esperando noticias de sus parientes. Qué bien cuando los doctores les dicen que todo marcha de maravilla, pero cuando no hay nada más por hacer… Debe ser demoledor recibir una noticia así. Por eso yo vivo agradecida con dios, porque a mi familia, a ustedes, mis hijos, a mi madre y a mis hermanos nos ha dado buena salud y nunca nos hemos visto en una situación así, a excepción de tu abuelito, pero con él fue distinto, porque desde que cayó enfermo hasta que murió, todo pasó en casa. Ojalá que nunca pasemos por algo así.

Antes de poner un pie dentro del vagón, Silvia volvió a sentir el dolor punzante en la boca del estómago, pero ahora con una violencia que no había recordado sentir antes.

Abandonaron las instalaciones del Metro faltando en el reloj cinco minutos para las siete de la mañana. El trajín en las banquetas y en el interior del mercado de Jamaica alcanzando su paroxismo, ese vals ejecutado por las voces caóticamente armoniosas entrecruzándose unas con otras de los vendedores ofreciendo sus mercancías, aderezado con la danza contemporánea repleta de irrealismo mágico de los *diableros* trayendo altos de flores en sus vehículos y de las y los *marchantas* y *marchantes* buscando los mejores precios a lo largo y ancho de la nave. Silvia sabía perfectamente lo que iba a buscar: un arreglo discretamente hermoso, hecho de rosas en su mayoría.

Antes de decidirse por una canastilla de rosas con figurines de cisnes blancos adornando la circunferencia, recordó la pequeña floristería al otro lado de la avenida, aquella donde Martín le compró un ramo de flores en la época cuando recién comenzaban a salir, en el triángulo que forman

Inguarán, Guillermo Prieto y la diagonal de Coyuya. Allí fueron, y al pasar frente al local donde la especialidad son los arreglos florales funerarios, Silvia sintió el sobrecogimiento que abatía su corazón cada vez que tenía de frente ese tipo de comercios. Era su talón de Aquiles: las supersticiones. Por eso evitaba, siempre que podía, caminar por la misma vereda donde sus pasos y una funeraria o una floristería especializada en funerales convergían. En esta ocasión, la compañía de su hija la llenó de suficiente valor como para superar sus miedos por un mínimo de tiempo, y volteando la cara hacia la acera de enfrente, pasó sin mirar ni el cielo azul cobalto que el local de las flores mortuorias tenía encima.

Regresaron al departamento en punto de las ocho de la mañana, Silvia cargando con ambas manos el arreglo de rosas blancas y rojas con la canastilla ornamentada en su derredor por cisnes, y Alcira llevando con cuidado cuasi maternal el pastel mil hojas de chocolate que compraron en la escala que hicieron en la Pastelería Madrid de 5 de Febrero.

En el silencio aún reinante en el departamento se escuchó el ruido del vaciado del estanque del wáter, y saliendo de éste, Amílcar desperezándose del sueño. Silvia lo encontró en el pasillo que une a las habitaciones y el baño con la sala-comedor, lo tomó por los brazos y le dio un beso en la mejilla izquierda parándose en puntas de pie. «Báñate ya, antes del desayuno con tu abuelita», le dijo. En tanto Amílcar se bañaba y Alcira arreglaba la mesa para el desayuno, Silvia entró en el cuarto de Elpidia. La encontró orando frente al pequeño altar que la propia matriarca de la familia Corrales Vargas fue construyéndose con cuanta estampita de diversos santos cayó en su poder. Estaba totalmente concentrada, moviendo los labios con frenesí, engarzando y desengarzando sus dedos de llagas cicatrizadas producto de las brutales jornadas de labrado, siembra y cosecha en la chacra de Tlacomulco; persignándose cada vez que concluía con una oración. Silvia esperó a que su madre terminara su rito matutino para sentarse junto a ella en la orilla de la cama, le pasó un brazo por la espalda, y cuando Elpidia proyectó su mirada cansada en los ojos de su hija, ella le obsequió un beso en la frente. Los dos pares de ojos contuvieron las lágrimas a fuerza de palabras cuando Silvia dijo: «Feliz día, mami».

Sentados a la mesa estaban la abuela junto a sus nietos esperando el arribo de la olla de caliente y espumoso chocolate. En el momento en que la bebida empezaba a verterse en las tazas, el interfono sonó; Silvia encargó a su hija terminar de servir el chocolate y fue a atender el llamado. «¿Quién era?», preguntó Elpidia. «Son Juan Antonio y Rosalba, que vienen a felicitarte y a desayunar contigo», respondió Silvia.

Rieron con el sinfín de recuerdos y anécdotas que los hijos de la festejada sacaron a relucir de los tiempos de su niñez transcurrida entre Tlacomulco, Loma Bonita, Ocotlán y la ribera del Río Zahuapan, en la ciudad de Tlaxcala. Faltaban dos de sus hijos, Ladislao, el mayor, y Toño,

el más chico, cuyas ausencias hicieron que Elpidia dejara escapar un par de lágrimas.

—No te preocupes, mamacita. Ladislao me llamó anoche para decir que no va poder venir, porque la cosa anda un poco brava por los caminos del sur con tantos retenes que el Ejército y la Policía Federal tienen montados en las carreteras; y es que ya no se sabe si son de veras o si son delincuentes disfrazados, y para no buscarle tres pies al gato es mejor no salir, a menos que se presente algo de extrema urgencia. Te manda muchos saludos, besos y abrazos, y dice que aunque haya riesgo, un día de estos viene con toda su familia a verte —comentó Juan Antonio.

—Toño también acaba de llamar hace un rato para decir que su trabajo ya terminó y sale de Querétaro al mediodía y en la tarde ya está aquí contigo —dijo Rosalba a su madre.

En lo que Silvia, Alcira y Rosalba lavaban los trastes del desayuno en la cocina y Amílcar se alistaba para irse a su empleo, Elpidia y Juan Antonio se quedaron solos un momento en la sala-comedor escuchando atentamente y haciendo comentarios de las notas que daban en el programa radial de Héctor Martínez Serrano.

—Son casi las nueve y media, tengo que irme, porque el negocio no va abrirse solo, pero hoy cierro temprano porque creo que Silvia tiene pensado llevarte a comer a algún lado y quiere que vayamos todos. Ya al rato se verá, por lo pronto, me voy —dijo Juan Antonio.

Silvia salió de la cocina secándose las manos con una toalla, vio que su hermano estaba ya en el quicio de la puerta y le pidió que la esperara un momento. Se metió en su cuarto y salió a los pocos segundos revisando su monedero. «Ahorita regreso, mami, voy a comprar unos bolillos para hacerle un itacate a Alcira, que se tiene que ir de urgencia al Conservatorio. No me tardo», dijo, y ambos hermanos salieron del departamento.

—¿Cómo te has sentido de tus dolencias, hermano? —preguntó Silvia mientras caminaban en la calle.

—Bien. Lo que me trae amolado no es tanto la salud como el dinero. Han estado muy bajas las ventas; la renta del local ya se viene y no tengo ni un cinco partido por la mitad. Le debo a algunos proveedores, y es tal la situación, que llevo casi un mes sin pagarle el sueldo a mi hijo Luciano, que no me dice nada, pero se sobreentiende su molestia por no cobrar. De cualquier forma, uno está vivo y con fuerzas para seguir trabajando, ya dios y el tiempo solucionarán lo demás. ¿Tú cómo andas de salud?

—Regular, hermano. En las últimas semanas me ha dado un cochino dolor aquí en la boca del estómago —se toca la parte referida—, creo que es la

gastritis. Ya tomé bicarbonato, sal de uvas, antiácidos, y nada que se me quita. También me ha estado doliendo la cabeza, es un dolor leve pero que igual molesta y hasta me ha tumbado en la cama y no me deja trabajar, tan es así, que mi jefa notó mi desmejora y me dio esta semana de vacaciones, ya para el lunes tengo que presentarme en la oficina nuevamente.

—¿Y adónde dices que vas ahorita?

—A la panadería, a comprar unos bolillos para Alcira, que acaba de hablarle su novio para que vaya a un ensayo en el Conservatorio, porque la próxima semana se presenta en la Ollin Yoliztli con su grupo.

—Ahí viene mi camión. Te veo al rato —se despidió Juan Antonio con un rápido beso en la mejilla de Silvia.

—Sí, yo te llamo para confirmar la hora y el lugar para la comida de mamá.

Silvia vio a su hermano treparse al camión con la agilidad de una tortuga terrestre. Continuó su camino por las banquetas comenzando a recibir de lleno su diario baño de sol. Ninguno de los dos llegó a imaginar que ésa sería la última vez que se verían y hablarían.

2

No se sentía bien. Tuvo que recostarse durante un rato en su cuarto para sobrellevar el dolor de cabeza que de pronto vino a importunarla. «Tal vez sea por el calor», pensó Silvia cuando acabó de ponerse el antifaz para dormir que se procuró desde las primeras veces que le venía el dolor. Eran las cuatro de la tarde, y en efecto, el calor en la calle era abrasador. Elpidia, que conocía muy bien estas pequeñas crisis de su hija, fue a verla a su habitación, preguntarle cómo se sentía. «Si no te sientes bien, no te sientas comprometida a llevarme a la comida que tenías planeada, que yo me conformo con saber que mis hijos y mis nietos están conmigo en este día, lo demás viene sobrando. Descansa, hija, ya en la nochecita, cuando te sientas un poco mejor, cenamos aquí y festejamos también la llegada de mi Toño. Descansa», le dijo. Para Silvia, el detalle que tuvo su madre la hizo sentir liberada de la presión que suponía cumplir con la promesa de llevarla a comer a un restorán en el Centro.

Fue quedándose dormida de a poco. Entre el limbo del sueño profundo y la conciencia de estar aún despierta, a su cabeza concurrían imágenes de diversa índole. Su mente trasponía por igual retratos de la casita de Tlacomulco vigilada por el inmenso árbol de tejocote, de las aguas turbias del Zahuapan, de los volcanes Iztaccíhuatl y Popocatépetl —con su

incombustible fumarola— vistos desde la carretera a través de las ventanas del autobús de segunda que la trajo a ella y su familia al Distrito Federal; de cuando conoció a Martín y sus paseos por la Ciudad Deportiva de la Magdalena Mixihuca y el Bosque de Chapultepec; los alumbramientos de Alcira y Amílcar, ambos en el hospital Gregorio Salas de las calles de El Carmen. Una imagen que se le quedó muy grabada en su memoria, y que regularmente venía a tirar a las demás, como un dedo que derriba una hilera de fichas de dominó, era la fotografía insertada en la página 145 de *Farabeuf*, novela de Salvador Elizondo que Toñito, el segundo de los hijos de Juan Antonio y primer integrante de la familia Corrales asentada en la Capital en pisar las aulas universitarias, le regaló cuando éste cursaba el primer año de Letras. Una instantánea por demás estremecedora, en la que un grupo de torturadores aplica la técnica *Ling Ching* a un condenado a muerte. Cuando Silvia llegó a este punto de la novela, más que impresionarla la forma en que descuartizaban en vida al sujeto, era la expresión en la cara del hombre, que a ella le pareció que disfrutaba la *muerte de los mil cortes*. Esta ominosa imagen era el punto de partida en el cual Silvia se sumergía en sombríos y confusos sueños. Se miró a sí misma en medio de un páramo de blancas arenas caminando caminos sin fin buscando con los ojos y la potencia máxima de su voz algún indicio de compañía en ese lugar desértico después con la inmediatez con que se suceden los sueños se vio rodeada por su familia reunida en torno a una larga mesa estaban en medio de una celebración de algo y por más que hacía el esfuerzo de comunicarse con ellos ni Alcira Amílcar su madre y sus hermanos ninguno parecía tomarla en cuenta cambio de escenografía ahora se encontraban todos en una habitación de techo alto y paredes pisos cortinas sábanas muebles todos y todo revestidos de blanco absoluto el único contraste era el color de la piel de los integrantes de la familia Silvia acostada en la cama enfundada en su camisón de dormir y sumergida en *el sueño que iguala a los hombres* reposaba con los brazos cruzados sobre el vientre su madre sus hermanos y sus hijos todos al unísono le hablaban querían hacerla reaccionar sin embargo ignoraban que ya estaba embarcándose en la travesía por el Mictlán con cuántas ganas decirles con el resto que le quedaba de conciencia que podía escucharlos que siguieran platicándole de lo hermosa que es la vida

El dolor en la boca del estómago que venía acechándola con creciente violencia desde la mañana reapareció doce horas después de la primer punzada, despertándola repentinamente del sueño, envolviéndola en una espiral de dolor que la hacía languidecer más que los dolores del parto. Se incorporó poco a poco hasta quedar sentada en el borde de la cama, calzó sus pies con unas sandalias y salió de su habitación. El resplandor de los focos incandescentes hirió momentáneamente sus ojos, y cuando sus retinas asimilaron la luminosidad, vio que en la sala-comedor platicaban Elpidia y Toño, recién llegado de Querétaro.

Tan luego terminó de saludar a su hermano, fue a la cocina para disolver un poco de bicarbonato en un vaso de agua, buscó en los cajones de la alacena una tira de Nordinet, e ingirió una pastilla con la solución que preparó. Creyó aliviar sus malestares con estos remedios, pero sólo logró atenuarlos.

Pese a que el dolor no se fue del todo, se la notó de buen humor durante el rato que convivió con su madre y su hermano, y hasta ánimos tuvo para persuadir a la festejada de salir a cumplir con la celebración en LA FLOR ASTURIANA, la cantina ubicada en la esquina de Puente de Alvarado y Ponciano Arriaga donde los Corrales se reunían a veces para conmemorar fechas y momentos significativos para esta parte del clan familiar. «No, mhija, ¿no ves que con mi Toño en casa ya me doy por bien servida? Además faltan los niños y tus hermanos. Estamos mejor aquí en vez de ir a tirar el dinero en ese lugar, porque en los tiempos que corren, los centavos no sobran como para desperdiciarlos así. En vez de eso, vamos a preparar un atole de piloncillo, para que cuando lleguen los niños, cerremos este bonito día juntos», fue lo que dijo Elpidia como respuesta a la iniciativa de Silvia.

A las ocho de la noche el atole ya estaba listo. A las ocho y treinta llamó Rosalba para preguntar por su mamá y decir que la disculparan porque no podía ir a verla. Como fue Silvia la que tomó la llamada, le platicó a su hermana que estaba un poco triste porque Martín no había ni siquiera llamado para decir que no podría ir a felicitar a su suegra y que se sentía realmente mal, con el dolor de cabeza en aumento y la punzada en la boca del estómago cada vez más violenta y agregándose a esto una dolencia en el pecho.

—Nomás que mi hijo llegue y vamos a ver si encontramos un médico, aunque sea de los Genéricos, para que te revise —dijo Rosalba.

—No te preocupes, hermana. Voy a tomar Metoprolol, a ver si con eso se me estabiliza un poco la presión, porque creo que se me subió un poco —respondió Silvia.

En punto de la nueve llegó Alcira del Conservatorio y notó la descomposición en el semblante de su madre, y como Silvia no quiso alarmarla refiriéndole sus dolencias, dejó el tema por la paz. Veinte minutos después de la llegada de Alcira, Amílcar hizo su aparición tras laburar «como bestia» todo el día. Merendaron bizcochos con el atole de piloncillo a las nueve y media, un poco de prisa porque tanto la festejada como los nietos y los hijos mostraban signos de cansancio después de la larga jornada.

Cada uno de los integrantes de esta fracción de los Corrales se metió a descansar a su respectiva habitación dejando la mesa hecha un lío tras la merienda. Silvia, cuyo hábito antes de dormir era darle un beso de buenas

noches a su madre, esta noche cumplió en una forma más emotiva que en ocasiones anteriores: se fundió en un abrazo más prolongado que de costumbre con su madre y dejando escapar un par de lágrimas. Concluida la tarea, se metió en su cuarto, se puso su camisón de dormir; oró un par de minutos y se metió en la cama.

En la limpidez de la noche podía verse claramente que el reloj digital de la Torre Latinoamericana marcaba las diez en punto de la noche.

3

La historia que voy a contar está construida a partir de los testimonios de mis familiares que estuvieron presentes el día de los hechos. Para ello, debo advertir que supe de todo esto una semana después de ocurrido el suceso, no por desprolijo ni nada que se le parezca, sino porque yo me encontraba fuera de la ciudad, afanado en la reclamación de un premio en el Instituto Tlaxcalteca de la Cultura por haber sido mi novela elegida ganadora de un concurso literario; como me daban largas para hacer efectiva la remuneración económica, personalmente fui a la sede cultural para obtener una respuesta inmediata y sustantiva a mi demanda.

El miércoles, día anterior al viaje, estuve haciendo los preparativos necesarios: empacar ropa, artículos de aseo personal y los documentos necesarios para hacer válida la reclamación del premio. Tenía ya reservada una habitación en un hotel cerca del Zócalo tlaxcalteca, esto porque a pesar de tener parientes con quiénes llegar allá y tener confortabilidad, la sola idea de representar una carga y la violación a su privacidad me hizo decidir no llegar con ellos, es más, ni siquiera les eché un telefonazo para advertirlos sobre mi llegada. Tan luego como terminé de hacer la maleta, me fui a la calle para matar el tiempo. Caminé por las calles sin sentido definido, hasta que el sol hizo guarecerme de sus rayos quemantes en el Jardín San Fernando. Ahí, sentado frente a la tumba de Vicente Guerrero (sépase que sus huesos ya no descansan aquí, ahora reposan en el Ángel de la Independencia), me puse a leer la edición conmemorativa de los 50 años de *Rayuela*. Estaba leyendo el capítulo 14 cuando vi que mi tía Silvia venía justamente en dirección hacia mí. Nuestra relación de parientes fue lacónica. Las únicas ocasiones en que llegamos al nivel máximo de intimación se dieron cuando al inicio de este milenio ingenuamente celebramos con un abrazo la retirada del dinosaurio priísta y la llegada de la reacción al poder (hoy que recuerdo ese episodio me avergüenzo de tan execrable festejo), y otra cuando le regalé *Farabeuf* por su cumpleaños, de ahí en fuera todo se reducía a los saludos y las despedidas. Decía que mi tía venía hacia mí e interrumpí la lectura para pararme a saludarla. Llevaba una bolsa con algo de frutas y verduras, me

obsequió un mamey y nos despedimos. Fue la última vez que la vi.

En punto de las 7:35 horas del jueves estaba yo montado y sentado en mi respectivo asiento del autobús que me llevaría a la capital tlaxcalteca. En un movimiento de última hora antes de acostarme a dormir la víspera, metí en la maleta dos novelas: *Rayuela* de Cortázar y *Dos crímenes* de Ibargüengoitia, esta última para leer en el camino. Cuando comencé a leer las primeras líneas de los periplos del *Negro* y la *Chamuca* eran las 7:40, hora de partida indicada en el boleto, y sentí las maniobras del chófer para salir de San Lázaro rumbo a la calzada Ignacio Zaragoza para enrolarse por una hora y tres cuartos de viaje por carretera.

Una de mis consignas cuando me encuentro de viaje, ya bien sea de recreación o como este caso estrictamente profesional, es mantenerme incomunicado de lo que uno deja atrás de cada kilómetro de camino recorrido, por esta misma razón fue que tuve la relación de los hechos al regresar de mi viaje y luego de hacer el trabajo de campo correspondiente para la construcción de esta crónica.

Llegué a la Central de Autobuses de Tlaxcala pasando las nueve y media de la mañana. Me dirigí a mi hotel caminando —en esa ciudad tan pequeña puede perfectamente cubrirse cualquier distancia a pie— ubicado a una cuadra de la Casa del Artista y a cuatro de la sede del Instituto Tlaxcalteca de la Cultura. Inmediatamente después de instalarme puse manos a la obra en mi tarea y fui al edificio de Avenida Juárez para hacer la reclamación de mi premio. Como la mayoría de casos como éste, la deficiencia burocrática me hizo perder un día —el Jefe de una oficina X no se encontraba, además, su secretaria no tenía ninguna notificación de alguna premiación reciente—, por lo que decidí regresar al hotel para sacar de la maleta mi *Rayuela* e ir a leer sentado en una mesa de restorán en los portales. Después fui al mercado Emilio Sánchez Piedras para conseguir algo de pan de muerto (si por algo es famoso el estado de Tlaxcala en toda la República Mexicana es por su Feria de Todos los Santos y su pan de muerto; no importa la fecha, uno va a cualquier mercado y se encuentra con este delicioso alimento, o por lo contrario, uno compra la materia prima, visita al *maestro* panadero que más confianza se le tenga, y hace un pan más sabroso que los que se expenden en las panaderías) y luego me senté en las jardineras de la ribera del Río Zahuapan a seguir leyendo a Cortázar. Al día siguiente volví a la carga. Es esta ocasión el Jefe de la oficina X se encontraba en su puesto de trabajo y me recibió, sólo para decirme que el fondo para las premiaciones aún estaba a la espera de recursos con los cuales pagar a los ganadores de los diferentes concursos, y me sugirió volver el lunes para ver si el gobierno del estado ya había hecho el depósito. Otro día perdido, otra caminata por las calles históricas, cuna de mi familia paterna. La mañana del sábado, acostado en la cama del hotel, me asustó la idea de esperar hasta el lunes la resolución de mi demanda, esto porque partí de mi casa con los fondos necesarios para subsistir el fin de

semana; mi plan era cobrar el jueves, pasármelo genial viernes y sábado; visitar a mis tíos, dejarles un poco de dinero para auxiliarlos en su apremiante situación, y volver al Distrito Federal el domingo por la tarde. Pero no. Tuve que adelantar la visita a mis tíos y con ellos pasé el resto del sábado, acción que le hizo mucho provecho a mis finanzas, pues no gasté un solo peso en comida, salvo las cuatro cervezas *caguama*, tres litros de pulque, una anforita de brandy y un paquete de *Delicados* que tuve que comprar para agradecerles su hospitalidad. El domingo a temprana hora hice la obligada visita a la tumba de mi abuelo (Sr. Corrales gustaba que le dijeran sus hijos, su mujer y los pocos nietos que llegó a conocer) en el panteón de Ocotlán para dejarle unas flores. Como todos los domingos en este lugar, tanto en el atrio de la Basílica como enfrente del Ayuntamiento, mujeres y hombres ofrecían mercancías y alimentos a los paseantes; yo, obligado por mi raquítica situación pecuniaria, sólo consumí una quesadilla de maíz azul embarrada de sesos y queso de Oaxaca, un atole del mismo grano y un jarro de pulque blanco. Regresé a la ciudad bajando por la Calzada de los Misterios, después subí a San Francisco, no para admirar el convento, sino para pararme frente a la reja en donde se ve hacia abajo el coso Jorge "Ranchero" Aguilar, y recordar que cuando mis hermanos y yo éramos niños podíamos atravesarla y nos sentábamos en la cornisa para poder ver las corridas (qué vergüenza que hayamos sido aficionados a estas carnicerías ignominiosas que algunos osan llamar "arte"). Pensé visitar nuevamente a mis tíos, mas algo interno hizo que desistiera de tal acción. Regresé al hotel y me encerré en mi cuarto el resto del día, que pasé leyendo a Cortázar.

El lunes, el Jefe de la oficina X me dijo que segurísimo cobraría el dinero de mi premio hasta el miércoles, que no me preocupara, que los gobiernos, aunque tarde, *cumplen*. Cuando me dijo esto, pensé: «Se necesita ser de veras muy ingenuo para creer en los gobernantes, sobre todo los mexicanos». Fui a ver a mis tíos pero no estaban en casa. Ya me estaba yendo, cuando veo venir por la vereda, caminando muy campante, a mi primo Ambrosio. Lo encontré realmente amolado. A pesar de que su semblante demostraba buena actitud, me contó que su vida familiar se la estaba llevando el carajo, pues su mujer, cansada de tantas penurias, lo amagaba con volverse a Apizaco donde sus padres, con quienes nada les faltaría a ella ni a sus tres hijos.

—Ya ves, primo, ya ves el resultado de haber desertado del Ejército. Discúlpame que te lo diga así, pero estás en proceso de convertirte en un paria, sin oficio ni beneficio.

—Sí, pues, pero de eso ya pasaron quince años. Hoy es hoy. Tengo que salvar mi matrimonio a como dé lugar.

—¿Vienes a ver a mis tíos? Te advierto que no están. Llevo como diez

minutos tocando la puerta y el timbre y nadie sale.

—¡Qué caray! Sí, los venía a ver para saludarlos, tengo como dos semanas de no verlos.

—Dime una cosa, primo, ¿tan siquiera estás buscando empleo o algo para generar ingresos?

—Es que aquí ya no hay de dónde sacar. Últimamente me da por pensar en irme a México, o de plano a los Estados Unidos, empezar otra vez para darles a mis hijos y a mi mujer lo que merecen.

—Mira: el miércoles espero cobrar un dinero y pienso dejarles un poco a mis tíos. No es mucho lo que me van a dar, pero de lo que les deje a ellos, dejaré instrucciones para que una parte te la den a ti, que de algo ha de servirte. Por cierto, ¿en dónde vives ahora?

—En Panotla, cerca de los viejos. Nos fuimos allá porque aquí las rentas están por las nubes.

—Pues me tengo que ir. Me dio mucho gusto encontrarte. ¡Ya ponte las pilas, cabrón! Ya no pienses en ti, piensa en tu familia y en tus papás. A todos puedes ayudar si te comprometes. Ya no eres el Ambrosio con el que jugábamos mis hermanos y yo de niños, ya eres hombre de familia y te necesitan. ¡Reacciona! Y si no nos volvemos a ver de aquí al miércoles, me despido, y espero que para la próxima vez que nos encontremos tenga otra imagen de ti. Adiós, primo.

El miércoles al mediodía, el Jefe de la oficina X, en nombre y representación del Gobernador del estado y del Director del Instituto, me hizo entrega de un cheque por veinticinco mil pesos y un reconocimiento por la obra *Yo platiqué con don Porfirio*, mi novela basada en la historia de un jubilado de PEMEX en la cual, intercalando la realidad y la ficción, puse en relieve los vicios de la paraestatal y la corrupción de su sindicato.

Apenas puse los pies en la calle, corrí a la sucursal bancaria más próxima para cobrar el cheque. Retiré seis mil pesos para dárselos a mis tíos y el resto lo puse en una cuenta de ahorro para no llevar efectivo en la maleta. Fui a la casa de mis parientes para entregarles el dinero, pero al igual que el lunes y el martes, no los encontré. En una papelería cercana al domicilio compré un sobre postal y una hoja blanca, en la cual apunté unas palabras de aliento, mi despedida —pensaba partir de Tlaxcala al día siguiente en el primer autobús que saliera a la Ciudad de México— y la instrucción para que un tercio del capital fuera a las manos de Ambrosio. Eché los billetes y el papel en el sobre, lo cerré hasta quedar completamente sellado, y lo deslicé por debajo de la puerta de la casa de

mis tíos.

No salí de Tlaxcala en el primer autobús del jueves. Abandoné el hotel a las diez de la mañana y anduve deambulando por el Centro hasta parar en el Zahuapan. Por un buen rato me quedé mirando el cúmulo de tierra que sobresale en la parte del río que está a espaldas del mercado —antes de llegar al puente que lo cruza, donde la Avenida Tlahuicole se convierte en Julián Carrillo—, que siempre me ha parecido el lomo de una ballena. Recorrí el mercado por última vez; compré tortillas de comal —que tanto le gustan a mi madre—, pan de muerto y bolillo salado.

En la Central de Autobuses esperé alrededor de un par de horas hasta decidirme a comprar el billete de regreso a casa.

Como un autómata subí al autobús. Observando sin ver admiré la ciudad que desde la Avenida Puebla hasta su entronque con la carretera Tlaxcala-Santa Anita se mira para abajo.

Cuando reaccioné de mi ensimismamiento, el autobús estaba pasando frente a la 23 Zona Militar en Panotla. Eran las dos y veinte de la tarde.

De los testimonios que recogí, el de más jerarquía fue el de mi tío Toño, por ser quien estuvo presente desde el principio del drama de las últimas horas de vida de mi tía Silvia, luego siguen los de mi tía Rosalba y el de mi padre, quien fue el último en enterarse de todo aquella mañana de domingo, y cuya figura adquirió tintes fundamentales durante los trámites para la inhumación del cuerpo de su hermana.

Según mi tío Toño, ese sábado regresó de Querétaro aproximadamente a las cinco de la tarde, a tiempo aún para festejar el cumpleaños ochenta y tres de mi abuela Elpidia. La encontró solita en la sala-comedor viendo la televisión y preguntó por mi tía y por mis primos Alcira y Amílcar. «Los niños no están. Tu hermana está durmiendo en su cuarto porque le duele la cabeza», le dijo mi abuela. Dice mi tío que minutos después de las seis mi tía salió de su cuarto, lo saludó y fue a la cocina, no sabe a qué, pero cuando se reunió con ellos su semblante había cambiado respecto a cómo había salido de su cuarto. Así estuvieron, platicando y viendo la televisión hasta que llegaron mis primos, primero Alcira y después Amílcar. Que merendaron bizcochos con atole de piloncillo a las nueve y media y que a las diez cada quien se resguardó en su respectiva habitación para descansar la larga jornada. La tragedia comenzó a las once de la noche, cuando mi tía Silvia empezó a sentirse muy mal, con el dolor de cabeza agudizándose al correr de los minutos y dificultades para respirar. Fue a despertar a Alcira, quien a su vez despertó a mi tío Toño, y sin pensarlo salieron a la calle en busca de un taxi para llevarla a la consulta del envejecido —adjetivo acuñado por mi tío—doctor Muñoz Camargo, el

médico de confianza de la familia, que está en la esquina de Aluminio y Boleo. Una vez ahí, y luego que el galeno hiciera el reconocimiento a mi tía, les dijo: «Llévensela urgentemente al hospital. Se le disparó la presión, y con cualquier cosa que yo le dé ahorita, la mato. Llévensela, pero ya, para que le estabilicen esa presión». Aquí hay una confusión, porque teniendo a la mano el Gregorio Salas, el Hospital de Jesús, el de La Raza o el Magdalena de las Salinas, recalaron en el Juárez. Ingresaron por el área de Urgencias, subieron a piso a mi tía, y aquí es donde prácticamente acabó la historia. Mi tío Toño telefoneó a mi tía Rosalba, e intentó comunicarse con mi padre, pero lo que ignoraba Toño es que su hermano tiene la manía de tener apagado el teléfono celular de once de la noche a seis de la mañana «para que descanse» el aparato.

Cuenta mi tía Rosalba que tan pronto recibió el recado de Toño fue por mi abuela y Amílcar a su casa y que prodigiosamente encontraron un taxi a esas horas del comienzo de la madrugada que los llevó al Hospital Juárez. En cuanto llegaron al nosocomio Rosalba exigió ver a su hermana, pero la negativa de las enfermeras fue tajante. Mientras permanecieron en la sala de espera, mi tía reveló la última conversación que mantuvo con su hermana, en la que se mostró dolida por no haber tenido noticias de Martín; que la última frase que le escuchó decir fue que iba a tomarse una pastilla de Metoprolol para controlar sus males. A las cuatro de la mañana se les permitió pasar a verla por espacio de cinco minutos, insuficientes pero buenos llenarla de mimos y besos. Dice Rosalba que el aspecto de mi tía Silvia reflejaba mucha serenidad, como si estuviera «bien dormidita», como seguiría contándole a toda persona que le contó la relación de los hechos. A las cinco y cuarto, la enfermera que monitoreaba cada diez minutos el estado de mi tía Silvia llamó de urgencia al médico de guardia por una súbita subida de su presión arterial. Al mismo tiempo que el doctor, Rosalba y Toño entraron al cuarto. A las cinco con veinte mi tía Silvia entró en paro. Las maniobras para regresarla del trance duraron doce minutos. Los esfuerzos del médico y la enfermera fueron en vano, y finalmente mi tía fue declarada oficialmente muerta a las cinco con treinta y seis minutos del domingo por infarto al miocardio.

Eran las seis con cuarenta y cinco minutos de la mañana del domingo cuando mi padre despertó para ir al sanitario. Volvió a su cuarto bostezando, encendió su teléfono celular y se metió nuevamente en la cama. Comenzaba a quedarse dormido cuando el aparato sonó. No contestó a la primera porque el sueño lo estaba venciendo. La segunda vez que escuchó la estridencia del teléfono le espantó las ganas de seguir durmiendo y contestó. Cuánto hubiera deseado nunca haber recibido una noticia así, y tan temprano. Con una agilidad que no recordaba tener desde que dejó el pentatlón militar se incorporó en la cama, y tratando de dominar la voz para no despertar a mi madre, respondió así a la llamada:

—¿Qué?... ¿Qué le pasó?... ¡No, por dios!... ¿Dónde están?... Voy para

allá.

Se vistió como pudo. Sintió de pronto que su cuerpo entero se hizo de gelatina. Mi madre, que escuchó la conversación, sin descobijarse del todo preguntó por lo que estaba pasando.

—Mi hermana Silvia. Está en el hospital —dijo mi padre con voz quebradiza.

—¿Qué tiene?

—Está mala —mintió.

—¿Te acompaño?

—No, quédate aquí por si llega alguno de mis hijos.

—Está bien. Vete con cuidado.

—Sí, sí. Ya me voy.

Dice que cuando entró a verla le pareció como si estuviera dormida. Le tocó los pies y sintió que aún estaban tibios; instintivamente le tocó la parte izquierda del cuello y creyó apreciar algunas pulsaciones. Fue por un médico para que la revisara, pues presentía que su hermana seguía con vida. Con la frialdad típica de los doctores, el facultativo le dijo que no, que la señora tenía aproximadamente dos horas de haber fallecido, que es normal que los familiares tarden en asimilar noticias como ésta. Dado que las enfermeras les pidieron la cama para atender a otros pacientes, hicieron una junta rápida en la sala de espera para determinar la última morada de mi tía. Por más que mis tíos y mi padre discutieron los posibles destinos, fue la orden de mi abuela la que terminó con el debate: enterrarla en el panteón de Ocotlán, junto a su padre. Entonces comenzaron a movilizarse para realizar los trámites de la defunción y la funeraria. Mi padre volvió a su casa para mudarse la ropa y por dinero. Cuando mi madre se interesó por el estado de salud de su cuñada, mi padre, manteniendo la impavidez ante las adversidades que genéticamente poseemos los Corrales, dijo, sin más: «Ya murió mi hermana». Dice que cuando acabó de decir esto, mi madre se abalanzó sobre él, rodeándole con sus brazos la cintura, y con la cabeza apoyada en su pecho comenzó a llorar. Por el impacto de la noticia, mi madre tuvo amagos de una subida de la presión, pero la pronta asistencia que le brindó Amenábar, mi hermana, difuminó la contingencia. Al volver al hospital, mi padre se encontró con la presencia de Samanta, la hija mayor de mi tía Rosalba, y junto a ella trasladaron el cuerpo de mi tía a una funeraria cercana al Servicio Médico Forense.

Las narraciones de mis tíos Rosalba y Toño y mi padre coinciden en la parte final, que es cuando de la funeraria intentaron llevar a su hermana a estar por última vez en su casa, pero los vecinos se negaron a tener un cadáver en la entrada del edificio argumentando meras supersticiones. Fue entonces que mi tía Rosalba ofreció la suya para hacer ahí el velatorio. Durante el lento avance de la noche nadie habló. Sólo cuando mi abuela no resistió más el cansancio se rompió el silencio. Junto con la funeraria convinieron partir a Tlaxcala a las diez de la mañana del lunes. Con los primeros sonidos del renacer de las actividades en la calle fueron cayendo en el sueño los presentes en la velada.

Tres golpes de aldaba truncaron el sueño de Alcira. Cuidando de no hacer ruido con sus pisadas fue a la puerta; miró a través de la mirilla y abrió la puerta enseguida: era Martín, con su inseparable y misterioso morral de lona colgado del cuello. Alcira rompió en llanto al ver a su padre como no lo había hecho en todo el día. De pie ante el féretro abierto, Martín contempló a *su* mujer muerta. Contuvo unas lágrimas que quisieron escapar de sus ojos; depositó en el cristal una fotografía en blanco y negro que sacó de su morral de sus tiempos de noviazgo, luego sin más, se soltó a llorar.

EPÍLOGO

Como si se hubieran puesto de acuerdo las tres ocasiones al finalizar las tres entrevistas, mis tíos y mi padre me dijeron que cuando el cortejo llegó por fin después de la odisea que significó poder llevar a mi tía a su lugar de definitivo reposo, se sorprendieron al ver el sepulcro de su padre bien remozado y con flores frescas. Cada uno me repitió exactamente lo que el cuidador del cementerio les había dicho: que un joven de aspecto fuereño estuvo el día anterior al sepelio arreglando la sepultura del Sr. Corrales. Y es que —detalle menor— para sorprenderlos, la víspera del viaje decidí no hacer alusión de mi ida a reclamar mi premio, esto como cachetada con guante blanco, sobre todo a mis papás que no creyeron en mí cuando les dije que quería ser escritor, y demostrarles así, con el dinero y el reconocimiento en las manos, que escribir a veces rinde sus frutos.

Resumiendo y obviando algunos detalles, el viaje del cortejo partió a las diez de la mañana de la casa de mi tía Rosalba en la colonia Guerrero, mi padre y mi hermano Luciano en la carroza, y el resto de los deudos en un camión alquilado a la misma funeraria. Llegaron minutos antes del mediodía a la iglesia de Jesusito donde mis tíos de allá ya los estaban esperando para la misa de cuerpo presente (ahora sé por qué no los encontré cuando los fui a buscar). Al terminar el servicio religioso, y mientras abandonaban poco a poco el recinto, mi padre se percató de que un oficial de tránsito conversaba con el chófer de la carroza; al acercarse,

se enteró que el automóvil, por prestar un servicio y tener placas de otra entidad federativa, necesitaba un permiso para poder circular por la ciudad. El mundo pareció que por unos minutos iba a derrumbarse, si no ha sido por la magistral intervención de mi padre, que movió los hilos familiares comunicándose con sus primos, los Corrales de allá, y fue con la influencia de estos parientes, que movieron cielo y tierra en las direcciones de tránsito, que la carroza pudo transitar (cabe mencionar que el permiso se obtuvo gracias a la prima Altagracia, cuyo esposo es Oficial de la Marina en el Puerto de Veracruz). Luego de sortear estos obstáculos, mi tía Silvia llegó a su lugar de descanso a las dos y media de la tarde. Bajo un cielo encapotado se rezó un rosario, y en cuanto comenzó a descender el ataúd en la fosa cayeron las primeras gotas de una garúa intransigente (algún romántico de la vida profirió el típico cliché en estos casos: «hasta el cielo llora porque…», etc.); los intolerantes a la lluvia se guarecieron en la capilla del cementerio, y los únicos que soportaron hasta que la hoya quedó completamente cubierta fueron mi abuela, mis tíos Rosalba, Toño y los de Tlaxcala, Alcira, Amílcar y mi padre.

Sólo hasta al primer mes que cumplió de fallecida mi tía Silvia me atreví a visitar a mi abuela. Obviamente a ella no le pregunté nada sobre lo que aconteció ese fin de semana de su cumpleaños ni ella me cuestionó mi ausencia en esos días. Sin duda, la muerte de su hija fue un duro golpe que nunca pensó recibir. «Los padres esperamos que sean nuestros hijos los que nos entierren, no nosotros a ellos», me dijo mientras pelaba unas papas. Desde entonces el luto está presente en sus ropas, alternándolo entre sus blusas, pantalones o suéteres. Como mujer que forjó su temple en el campo y al lado de la disciplina un tanto marcial de un hombre como lo fue el Sr. Corrales, mi abuelo, es como ha podido sobrellevar el dolor de la partida de su hija. Trato de visitarla diario, ya que tanto Toño como Alcira y Amílcar se marchan desde temprano a trabajar, quedándose ella solita la mayor parte del día. En ese ese estado de las cosas, sus únicas preocupaciones se reducen a que un automóvil no la vaya atropellar en su caminata al mercado Martínez de la Torre (una de las costumbres que tomó de su esposo es caminar, ir y venir de cualquier lugar caminando), y a que tiene que lavar la ropa a mano «porque tu tía era la única que sabía manejar la lavadora en esta casa».

Mi padre, que desde que echó la última palada de tierra al sepulcro de su hermana retomó la costumbre de fumarse un cigarro todas las noches en la terraza de su casa, durante una de mis visitas me invitó a fumar para platicarme la conclusión a la que había llegado de lo que según él fue lo que causó la muerte de mi tía Silvia: negligencia médica. Y a lo mejor su teoría no está tan alejada de la realidad, porque además de las entrevistas con él y mis tíos, otra parte del trabajo de campo que realicé consistió en entrevistar a familiares de los pacientes internados en el Hospital Juárez, y cerca de treinta por ciento de los encuestados dijo que sí, que ese hospital se caracteriza por la mala atención que brinda el personal hospitalario. Y aquí cabe también preguntar, ¿por qué la llevaron

ahí, si tomando en cuenta la ubicación geográfica del consultorio del doctor Muñoz Camargo tenían más a la mano el Hospital de La Raza o el Magdalena de las Salinas? Pero lo que acongojaba más a mi padre era imaginar las últimas horas de vida de su hermana, postrada en una cama, en un ambiente solitario y encerrada en ese cuarto de hospital, sin que ninguno de sus familiares pudieran entrar a verla y estar con ella desde el principio y hasta el final.

Esa noche que platicamos y fumamos en la terraza hasta que la plenitud de la madrugada nos sorprendió, además de platicarme sus teorías y sus pesares, a pregunta expresa de mi parte, me contó la última vez que la vio y lo último que se dijeron. Pero lo que me causó más estremecimiento no fue nada de eso, sino lo que me dijo antes de irnos a dormir —en esta casa siguen reservándome mi cuarto para cuando quiera y decida volver:

—Cuando estábamos en la sala de espera del hospital, me acerqué con Alcira para abrazarla porque era muy notorio su dolor, y muy espontánea, así como es ella, me dijo con voz entrecortada que aquella mañana de sábado se despertaron muy temprano para ir al mercado de Jamaica a comprarle un arreglo floral a tu abuelita por su cumpleaños. Quién lo iba a decir: la canastilla de rosas que compraron para ser un motivo de felicidad y que escrupulosamente seleccionó tu tía, terminarían por ser las primeras flores en su funeral.